

ladas de esperanza y de fuerza. Qué generosidad de tierra la que engendra esa vida, qué seguridad de triunfo en la gran marcha hacia la felicidad y la belleza. Y qué éxito tan justo el del artista que ha sabido evocarlo. ¡Esto sí que es cosa nuestra y de nadie más, en la absorción absoluta de los grandes amores! Patria pura, diré, así, como quien refiere la calidad del vino en que también se substancian el frescor del pámpano, y el tenor del sarmiento; patria pura, hasta desdeñar por instintiva elevación los fáciles gracejos con que el gauchismo de arrabal nos despacha al comisario y al gringo. Igualmente ajena al suburbio de la nueva Salónica, en que los mestizos del alma y de la sangre sueñan inaugurar el paraíso de la canalla, y a la trastienda clandestina de las mixturas de ultramar, donde el fraude de la poesía sin verso, la estética sin belleza y las vanguardias sin ejército, adereza el contrabando de la esterilidad, la fealdad y la vanagloria. Unos al fin con los sin patria en la negación de un fracaso idéntico.

Estas realizaciones de belleza genuina, de fecundidad natural, de salud sin recetario, de vida triunfante, en suma, son otras tantas afirmaciones de patria. Crear, no formular; poner todo el temperamento, a lo que dé, en la gran corriente vital, no en el cuentagotas del escamoteo equívoco; vencer a todo el rigor del esfuerzo, como en la doma pampeana, no a hurtadillas de la materia rebelde; templar por derecho, diríamos en lengua de payador; eso es saber triunfar, saber amar, saber vivir, saber portarse como hombre y como artista.—LEOPOLDO LUGONES.

## ASPECTOS DE LA DISCONFORMIDAD

**A**L intelectual, al artista, siguen muchos colocándole fuera de las normas esenciales de la vida política de los pueblos. Se dice que la característica del político es la acción y la del intelectual, la contemplación. Harto podría discutirse esta nueva división de poderes. Ogaño, frente al desbarajuste del mundo, es una cómoda postura atribuir al intelectual la culpa (o la causa, que así suena más dulce) del fracaso de un sistema corrompido, que al llamársele así, *corrompido*, indica precisamente que sanándolo puede dar buenos efectos. Acontece como si uno quisiera comerse una manzana y la hallase podrida y en vez de buscar otra manzana en sazón, decidiese apagar su garganta con un membrillo. Claro está que la culpa, al distribuir-

la entre todos, en esos trocicos que a todos nos corresponden por ignorancia o negligencia, (ya que no hay tanto que pensar en malas intenciones), cae también con su buena parte, al fin y a la postre, sobre los intelectuales. Pero no toda ella. O acaso, ¿han llevado ellos la dirección absoluta del mundo? ¿Se les ha hecho tanto caso y prestado tan exquisita atención, que pueda sobreponerse su influencia a las de los negociantes, mercaderes, y profesionales de toda laya?

Creo haber respondido, si bien someramente a esta cuestión en otras ocasiones, comentando la falsa y desvirtuada interpretación que se ha dado por los antojadizos a esa disputa acerca de la responsabilidad de los intelectuales, de su echazón al margen de la sociedad, tan bien enfocada por Berl, Guehenno y Bernanos. Como en una discusión de familia, sin trascendencia callejera, expusieron su punto de vista los intelectuales. En seguida, por arte de birlibirloque, se transforma la discusión en reyerta de verduleras y los más inmediatos responsables del desastre (Sylok y Harpagón), se lo achacan, sin dolerse prendas, a los que piensan y discurren.

Más certero sería profundizar en la influencia que con su disconformidad han ido trazando los artistas y los pensadores, en cualquier régimen político. Qué correcciones no han ejercido con su influencia, qué sistemas no han enderezado cuando comenzaban a torcerse. Se me dirá: «esa manera de vivir, en absoluta disconformidad con todo, con lo nuevo y con lo viejo, más tiende a desilusionar que a dar ánimos y favorecer». Pero es que hay varias clases de disconformidad con los ambientes.

Hay una disconformidad esencial, que proviene de bases elementales, imposibles de arrancar de raíz, por cuanto estas son profundas, retorcidas, petrificadas y colosales. Esta disconformidad puede ser la reacción del individuo superior frente a los adocenados, el *taedium saeculi*, que Daudet atribuye a Baudelaire. Este horror al ambiente no daña la política sino de rechazo, puesto que no atiende al particularismo de un programa, sino a la totalidad de los demás, de los que no son el propio hombre marginal por elevación. El mismo Baudelaire decía: «¿Me huís porque creéis que tengo la viruela? ¡Ah, ya veréis qué magníficos granos voy a pintarme sobre la piel!» Pero esta inconformidad en mayor o menor grado, la siente todo el mundo. No todos tienen el valor de manifestarla en los ratos en que la sienten, porque para corregirla están las zalemas sociales, el trato (¿por qué se le llamará así?) y la educación. La falsa educación, naturalmente. O también la dependencia, a falta de li-

bertad espiritual, el temor de desagradar al jefe, al protector. Gemela de este tipo de disconformidad es la otra, de base racial, no aparente pero indudable, la que sentía Heine por Alemania y que se le transmitió a Nietzsche, a pesar de lo sajón que es eso de la superhombria o de la superiombredad. Eran factores étnicos, religiosos, y familiares los que influían en este criterio. Que por otra parte no era constante, sino arrebatado y momentáneo, aunque los momentos y los arrebatos se repitiesen por años arreo.

De estas dos especies, a la otra que resta, que es la que precisamente quiero exponer, hay un abismo de diferencia y separación. Para coger casos recientes, no hay que olvidar y citar como de paso, algunos casos más viejos. Desterrados por sus propios amigos, por los que habían trabajado con ellos en un ambiente para crear otro, viven Descartes, Spinoza, Rousseau, Voltaire. El retiro de este último a Ferney no es sino una manifestación de inconformismo, de asco por la mala interpretación oficial y popular, de algo que él mismo ha traído con grandes trabajos. Estorbadores y estorbados, los llama Drieu la Rochelle a todos ellos. Y cita el caso de la falta de acomodación de Voltaire, tan desplazado de la Francia de 1760 como de la de 1793. y los casos de Tolstoy y Dostoiewsky, los cuales al mismo tiempo que preparaban una revolución, la minaban de antemano. Viniendo más a lo actual, ahí están las disconformidades esenciales de Ludwig y Remarque con la nueva Alemania, hasta el extremo de solicitar y obtener la ciudadanía helvética.

¿Se puede tomar esto a broma, o despreciar estos síntomas, o deducir que esa gente no ha servido para nada? Sería demasiado atrevido. No se hubiera hecho la revolución francesa sin Voltaire. Indudablemente. Ni la rusa sin Tolstoy, aunque no haya llevado, por supuesto, el fuerte paso inicial y postrero sobre los hombros. Sin amenguar en un ápice el mérito revolucionario de Lenin, las cosas no hubieran venido como vinieron sin los precedentes de Tolstoy. Y además, de Dostoiewsky, de Andreiev, de Chejov y (por muy pretencioso que os parezca) de Turguenev.

Cierto que esas decisiones demasiado radicales, a lo Ludwig y a lo Remarque, no son las más razonables en su apariencia. Se pueden traer a colación dos nombres de inconformistas contemporáneos, vivientes, que desorientan y marean, pero cuya labor, en dos sentidos opuestos, no puede ser más encaminada a un mismo fin de interés de obtención y depuración nacional: Bernard Shaw y Unamuno. El primero usa más de los contrastes de la ironía y del golpe de cerebro para decir cuantas verda-

des se les vienen a las mentes sobre Inglaterra, su patria grande y sobre Irlanda, su patria chica, con la que no cesa más en la mordacidad y en el comentario burlón. Nadie, sin embargo podrá decir que Bernard Shaw es menos inglés que Kipling. Al contrario. Tal vez a uno que no sea inglés, esos poemas gloriosos de Kipling le hagan los mismos efectos que los versos de un himno nacional, malos generalmente. Se necesita ser sajón y británico para tragar sin agua un canto a las glorias de la rubia Albión, que indudablemente se lo merece, pero que estraga los paladares de los ajenos al caso. Bernard Shaw, diciendo lo que dice, tergiversando el chiste o haciendo juegos de historia imaginativa, consigue para Inglaterra—y para su política inmediata—más admiración que rencor o enemistad. Se supone que no está aislado, que ha de tener influencias y que han de haber los suficientes secuaces de G. B. S. para dar una idea independiente y eficaz de la tierra que los vió nacer. A don Miguel de Unamuno se le ha echado en cara que se ponga frente a una situación de cosas con la que antes soñaba. En primer lugar, él no se ha puesto de frente sino ante unos acontecimientos aislados, a un procedimiento que juzga torcido. La libre discusión que asiste a un régimen de libertades, hace que se puedan formular juicios o aventurar ideas que en otros tiempos merecerían las más severas reprimendas. Pero indignarse frente a unas afirmaciones más o menos radicales y rebeldes, ¿para qué? Unamuno sigue siendo el gran republicano español, respetable y magistral. Y sus palabras, si corrigen algún defecto, serán beneficiosas. Sin hacer ninguna mella esencial, en lo político cotidiano, a los por él criticados.

Lo que hay es que chocar con espíritus abiertos. En el último número de *ATENEA*, nos recordaba Balseiro la actitud dimisionaria de Valle Inclán, sus palabras fuertes y al mismo tiempo, la intención del ministro español Fernando de los Ríos de solicitar una pensión para el gran don Ramón de las barbas de chivo. (Sé que es la diez-millonésima vez que se lo repiten y me complazco en usar el tópico comparativo rubeniano, que ha hecho furor). Atender a las palabras que vienen de los privilegiados es nota de buen proceder. Y muchas veces, no hay que mirar como artistas o intelectuales a los que ejecutan ciertos actos, sino simplemente como hombres, como ciudadanos. Es difícil separar las calidades, pero si se hace un pequeño esfuerzo, se consigue. El gesto de Fernando de los Ríos, es ejemplar.

Hay, por último, una disconformidad de constitución sentimental, de factura individualista. La de Oscar Wilde. Pero esta

pertenece a los psiquiatras y a los médicos. No he de entrar en su comentario, porque no es asunto de pocas líneas y porque no tengo los conocimientos suficientes para ello.

Y, en resumen, a guisa de colofón, por encima de todas estas justificaciones, que no sé si tienen un valor de convencimiento, creo que es interesante plantear el problema y cosa de suma trascendencia el análisis de esta calidad de descontento, que si bien puede dar buenos frutos, puede producir las más extrañas desorientaciones y pérdidas de dirección. A lo que no creo que se deba llegar es al ostracismo. Aun de aquellos que no intervienen con sus opiniones en la política, su labor de artistas o de intelectuales ayuda al trabajo del organizador o conductor de pueblos. Son unos obreros como otros cualesquiera. Recuerdo a este propósito que en París, actualmente, en todas las alcaldías hay un comité de socorros a los *sin trabajo*. Entrando a las oficinas, se ven los letreros de las diferentes profesiones, distribuidos en distintas puertas. En una de ellas se lee: «Artistes et artisans d'art, au fond de la cour, a gauche.» En otros se especifican los demás gremios: Albañiles, mecánicos, etc. Allí, al fondo del patio, a la izquierda, se encuentra uno con el pintor que hace diez años revolucionó la prensa de París, discutiéndosele. Buena enseñanza.—J O S É M A R Í A S O U V I R O N.

## FIGURAS DE PARIS.—M. FRANCOIS COTY

**C**ADA cierto tiempo el nombre de M. Francois Coty suena en París como el badajo en la campana. Este hombre que ha procurado sensaciones de paraíso artificial a hombres y mujeres tiene también el poder de exasperar los nervios de muchísimos periodistas y políticos, y no es raro que con tal material exacerbado se produzca la explosión. De ella sale, bien o mal, la doble personalidad embriagadora e irritante de M. Coty, pero siempre más sonora.

Sus enemigos se fastidian con sus éxitos, pero, es innegable que su ascendencia judía, aunque él la niega, le ha dado la visión de los «grandes golpes». Tienen lo que los franceses llaman «flair» y nosotros, vulgarmente «olfato». El hecho que regalara un día al aviador Costes el aparato que le permitió atravesar el Atlántico, y que le costara un millón de francos, le significó un acrecentamiento de su rebuscada fama de francés nacionalista que él trabaja desesperadamente por dejar establecida. La prensa entera calló este gesto, pero M. Francois